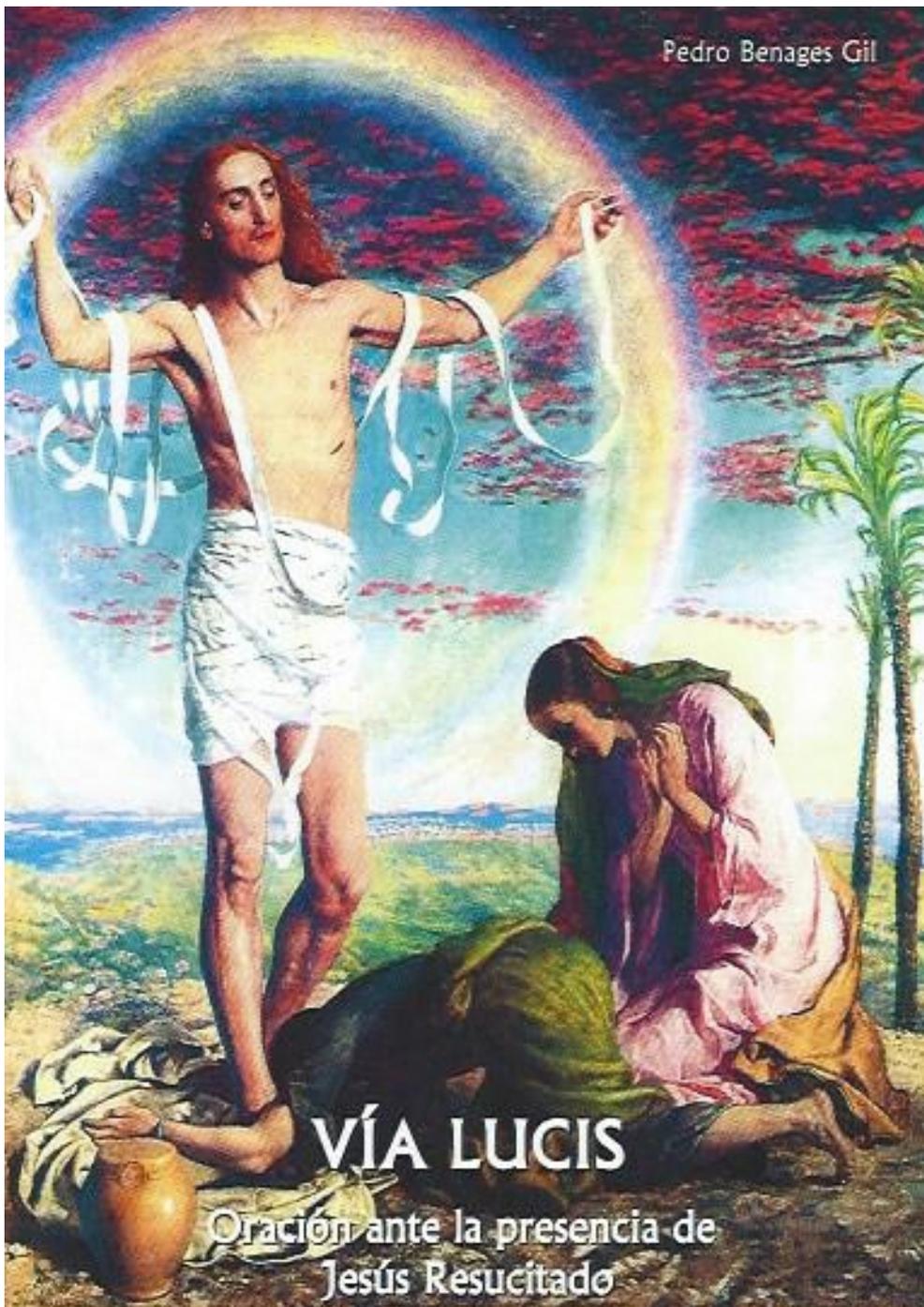


Pedro Benages Gil



VÍA LUCIS

Oración ante la presencia de
Jesús Resucitado

Autor: Pedro Benages Gil

Maquetación: Miguel Ángel Abénzar Vergara

Edita: Convento de Capuchinos de L'Olleria

Año 2014

Introducción

Todos conocemos el tradicional rezo del Vía Crucis, el camino de la cruz, donde acompañamos a Jesús desde su condena a muerte hasta su sepultura. Como la historia no terminó ahí, en muchos Vía Crucis se ha agregado una decimoquinta estación, donde se conmemora la resurrección.

En tiempos recientes se ha compuesto una nueva devoción, el Vía Lucis, el camino de la luz. Se trata de un complemento del Vía Crucis, donde se acompaña a Jesús en sus apariciones a los discípulos hasta culminar con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. El primero es tradicional de la cuaresma, y el segundo del tiempo de pascua.

Sin embargo, considero que el Vía Lucis no debe ser un recorrido meramente físico. Ha de implicar un proceso hacia la Plenitud del Proyecto de Dios en la Historia de la Salvación. Por ello, la propuesta de Vía Lucis que os presento no sigue las estaciones tradicionales, sino que pongo la vista en los momentos centrales que desde la aparición de Jesús a María Magdalena llegan a su culmen cuando el Ángel del Apocalipsis presenta a Juan la Iglesia Triunfante, porque la historia no puede terminar en Pentecostés, sino que terminará con la victoria definitiva de Cristo al final de los tiempos.

Cómo rezar el Vía Lucis

El esquema que se sigue es el mismo que el del Vía Crucis, enunciado las estaciones y luego meditando y orando con cada una de las escenas. Si se quiere, se puede recitar un responsorio al comenzar las estaciones, como en el Vía Crucis, que puede ser alguno de estos:

V/ Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

R/ Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.

V/ Ven Señor Jesús. Aleluya.

R/ Que tu luz disipe nuestras tinieblas. Aleluya.

V/ Envía, Señor, tu Espíritu. Aleluya.

R/ Y renueva nuestros corazones. Aleluya.

En lugar del padrenuestro del Vía Crucis, se puede rezar el gloria al finalizar cada estación.

Primera estación

¿POR QUÉ BUSCÁIS ENTRE LOS MUERTOS AL QUE ESTÁ VIVO?



El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas quedaron despavoridas y con las caras mirando al suelo y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar». Y recordaron sus palabras. Habiendo vuelto del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Lc 24, 5-8.

En la tumba de Jesús no se colocó ningún epitafio, sino que éste es proferido de viva voz por los ángeles: ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive?

Y las que han ido a buscar han sido las mujeres, que acuden al sepulcro con su amor operativo: buscan porque aman a Jesús, y aman haciendo, obrando, por eso quieren acabar el trabajo de embalsamar al Señor. Y lo hacen sin pensar en las dificultades objetivas: la piedra, los soldados. La sorpresa está servida.

Invocación: Jesús, nos alegramos por tu triunfo, estás vivo, has vencido hasta la misma muerte. Danos la valentía de las mujeres, que no se quedaron para sí la noticia, sino que fueron a anunciar tu Resurrección a los discípulos.

Segunda estación
JESÚS SE APARECE A MARÍA MAGDALENA



Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mio y Padre vuestro, al Dios mio y Dios vuestro"». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto». Jn 20, 11-18.

María Magdalena está anegada en su dolor, en su tristeza, está prisionera de sus sentimientos -no es para menos- piensa que lo suyo será llorar, dolerse hasta lo infinito. Para salir de ese limbo necesitará oír su propio nombre de labios de Jesús. Difícilmente podremos imaginar un diálogo más breve y más denso en contenido humano y religioso:

- ¡María! - ¡Maestro!

Invocación: Señor mío y Dios mío, alegra nuestras tristezas con tu resurrección, como alegraste el llanto y luto de María Magdalena cuando te apareciste junto al sepulcro.

Tercera estación
LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS



Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». (...) Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno. (...) Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel. (...) Entonces él (...) comenzando por Moisés y siguiendo por todas las profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»» Lc 24, 17-32.

Cabe destacar el sentimiento de huida y de fracaso total. Mediaba un error de planteamiento y de esperanza: “Nosotros esperábamos que él iba a restaurar el reino de Israel”. No era ese el proceder acertado. Y el tercer Caminante les reprende por no entender las Escrituras. Necesitarán una densa información para superar su estado mental. Sólo cuando se haya cambiado un desenfoque interno y se haya creado una cercanía, se podrá reconstruir su mundo interior.

Invocación: Háblanos, Señor, queremos oír tu palabra, que hace arder los corazones. Háblanos, Señor, en el camino de la vida, en la lectura de tus Palabras y en la celebración de la fracción del pan, la Eucaristía.

Cuarta estación LA ASCENSIÓN DE JESÚS



Les dijo: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta el confín de la tierra». Dicho esto, a la vista de ellos, fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Cuando miraban fijos al cielo, mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo». Heh 1, 7-11.

Jesús ha dado por cumplida su presencia visible en la tierra. Vuelve a la gloria que ha tenido desde antes que el mundo existiese. Su partida es apertura del camino hacia el Padre y promesa de enviar un Defensor.

Parece que los ángeles reprochan a los Apóstoles su actitud de expectativa: “Varones de Galilea, qué hacéis mirando al cielo? Este Jesús volverá como lo habéis visto marchar.” No hay que mirar hacia arriba, sino ponerse manos a la obra.

El proceder inmediato de los Apóstoles fue orar junto con las mujeres y reforzar el grupo con la elección de Matías para que fuera testigo con ellos de Jesús resucitado; y esperar la llegada del Abogado y Defensor.

Invocación: Señor Jesús, esperamos tu Espíritu, nuestro abogado y defensor; que él nos ayude y sostenga en el trabajo por tu Reino, ya que sin ti no podemos hacer nada.

Quinta estación
LA PRESENCIA DEL ESPÍRITU SANTO



Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. (...) Entonces Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró ante ellos: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, (...) ocurre lo que había dicho el profeta Joel: Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. (...) Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará. Hch 2, 3-20.

El Espíritu Santo viene a apoyar la causa de Jesús. Entre Jesús y el Espíritu hay un compañerismo sin envidias. “Él os recordará lo que he dicho” había afirmado Jesús. La presencia y la acción del Espíritu Santo se expresan: En los signos externos (viento, llamas de fuego); en la Parresía de Pedro (la libertad y ardor de su discurso); en la escucha atenta de los presentes y en la aceptación del mensaje y en la conversión, pues nadie puede creer que Jesús es Señor si no tiene el Espíritu Santo.

Invocación: Espíritu Santo, ven, ven a nuestras vidas y a nuestras mentes.

Sexta estación
EL MENDIGO DE LA PUERTA HERMOSA



Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora de nona, cuando vieron traer a cuestras a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa», para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo: «Miranos». Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda». (...) Mientras el paralítico seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos. Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente: «Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? Hch 3, 1-12.

Jesús resucitado es poder de Dios. Dice san Pedro: “no tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda.” El tal hecho originará una relación especial entre los Apóstoles, el pueblo y el Sanedrín (el Senado judío).

Un punto importante será el descubrir que los apóstoles Pedro y Juan han estado con Jesús y ahora son sus testigos.

Invocación: Concédenos, Señor, que al descubrir a Jesús sepamos acercarnos como él a los necesitados.

Séptima estación
EL DIÁCONO FELIPE Y EL ETÍOPE



Un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: «Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Goza, que está desierto». Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo el profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y pégate a la carroza». Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». Contestó: «¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». (...) Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: «Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?». (...) Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría. Hch 8, 26-40.

El Ministro de Candaces tiene a su favor que es piadoso y buscador de la verdad religiosa. Para crecer en el mundo judío como creyente tiene en su contra que es extranjero y eunuco, dos graves obstáculos ante la religiosidad judía. Pero con la ayuda del diácono Felipe encontrará un nuevo camino despejado. Felipe le explica el texto del profeta Isaías que está leyendo. Con la aportación de Felipe, el etíope llega a descubrir a Cristo. Por medio de este etíope llega el mensaje de Jesús a Etiopía. Estaba ya profetizado en la Biblia: "Ante Él (Jesús) se postrarán los ETÍOPES".

Invocación: Qué admirables son tus obras, Señor; qué misteriosa es tu Providencia, porque acomodas las situaciones más inesperadas para realizar tus planes divinos. Ayúdanos a dejarnos guiar por las inspiraciones de tu Espíritu.

Octava estación
SAULO EN EL CAMINO DE DAMASCO



Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: «Saul, Saul, ¿por qué me persigues?». Dijo él: «¿Quién eres, Señor?». Respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer». (...) Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. (...) El Señor le dijo: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre». Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo». Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Hch 9, 1-18.

Saulo ha aprobado abiertamente la muerte de Esteban, defensor del Proyecto de Dios en la historia del pueblo de Israel; ha conseguido autorización para encarcelar a todos los seguidores de Jesús de Nazaret. Saulo acumula fuerzas de oposición al Proyecto de Dios. Y ante esta situación Jesús interviene directamente en el quehacer de reorientar a Saulo. Pero no le dice lo que ha de hacer, sino que la voz de Jesús lo remite a la Comunidad cristiana de Damasco. Allí se le dirá lo que ha de hacer, porque es en la comunidad donde Jesús se hace presente.

Invocación: Gracias, Señor, por tu obrar, por tu presencia, por la compañía de los Hermanos que nos acompañan y nos orientan.

Novena estación
LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA ENVÍA A BERNABÉ Y SAULO



En la Iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, llamado Níger; Lucía, el de Cirene; Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Un día que estaban celebrando el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado». Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron. Con esta misión del Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí zarparon para Chipre. Hch 13, 1-4.

Dice el Espíritu Santo: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado". Y así se inicia la primera misión como tal, destinada a ofrecer el Mensaje de Jesús abierto al mundo conocido, consagrándose la misión universal destinada ya no solo a judíos, sino también a los gentiles. Dentro del primer equipo misionero surgirán algunas tensiones que no llegarán a ser obstáculo para la propagación del mensaje.

Es apasionante seguir el desarrollo de los viajes misioneros de Pablo con otros hermanos acompañantes, donde además de las aventuras, podemos encontrar un sólido modelo de fe y persistencia en el anuncio del Resucitado.

Invocación: Señor Jesús, danos hoy la necesaria claridad y confianza en ti y en nosotros mismos para ser tus testigos en nuestro mundo.

Décima estación
EL PRIMER CONFLICTO DOCTRINAL
EL CONCILIO DE JERUSALÉN



Unos que bajaron de Judea se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban conforme al uso de Moisés, no podían salvarse. Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más de entre ellos subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre esta controversia. (...) Al llegar a Jerusalén, fueron acogidos por la Iglesia, los apóstoles y los presbíteros; ellos contaron lo que Dios había hecho con ellos. Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían abrazado la fe, se levantaron, diciendo: «Es necesario circuncidarlos y ordenarles que guarden la ley de Moisés». Los apóstoles y los presbíteros se reunieron a examinar el asunto. Después de una larga discusión, se levantó Pedro y les dijo: (...) «Dios, que penetra las corazones, ha dado testimonio a favor de ellos dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros. (...) ¿Por qué, pues, ahora intentáis tentar a Dios, queriendo poner sobre el cuello de esos discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres hemos podido soportar? No; creemos que lo mismo ellos que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús». Hch 15, 1-29.

Es un conflicto interno entre los creyentes en Jesús. Este conflicto se crea cuando los cristianos judíos quieren imponer a los cristianos paganos los ritos que los primeros han venido practicado. El problema sube de tono al implicarse el tema de la circuncisión. El problema es tal que dará lugar al primer Concilio de la Iglesia, el Concilio de Jerusalén.

Invocación: Señor Jesús, tú que viniste a dar libertad a los cautivos, enséñanos a apreciar y valorar justamente la libertad.

Undécima estación
EL ESPÍRITU DE JESÚS NOS IMPIDIÓ SEGUIR ADELANTE



Atravesaron Frigia y la región de Galacia, al haberles impedido el Espíritu Santo anunciar la palabra en Asia. Al llegar cerca de Misia, intentaron entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo consintió. Entonces dejaron Misia a un lado y bajaron a Tróade. Aquella noche, Pablo tuvo una visión: se le apareció un macedonio, de pie, que le rogaba: «Pasa a Macedonia y ayúdanos». Apenas tuvo la visión, inmediatamente tratamos de salir para Macedonia, seguros de que Dios nos llamaba a predicarles el Evangelio. Hch 16, 6-10.

Quizá Pablo albergaba esperanzas de predicar en las grandes ciudades de Asia. Sin embargo, el Espíritu de Jesús orienta a los misioneros hacia Europa, sin que sepan a ciencia cierta cuál será ahí su campo de labor. En Dios hay preferencias, en este caso parece clara la expresión de una predilección.

La llamada del hombre macedonio en la visión, es una llamada de urgencia: “Pasa y ayúdanos”. El futuro de Europa dependió de la respuesta de Pablo. Desde la fecha han pasado dos mil años. Hemos nacido en un tierra de preferencia divina.

Invocación: Adoramos, Señor, tus designios y queremos como Pablo, predicar el evangelio donde tu Espíritu nos guíe. Ayúdanos a ser fieles a su voz, aunque a veces no comprendamos tus designios.

Duodécima estación
LIDIA LA PURPURERA
PRIMERA CREYENTE DE EUROPA



El sábado salimos de la ciudad y fuimos a un sitio junto al río, donde pensábamos que había un lugar de oración; nos sentamos y trabamos conversación con las mujeres que habían acudido. Una de ellas, que se llamaba Lidia, natural de Tiatira, vendedora de púrpura, que adoraba al verdadero Dios, estaba escuchando; y el Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo. Se bautizó con toda su familia y nos invitó: «Si estáis convencidos de que creo en el Señor, venid a hospedaros en mi casa». Y nos obligó a aceptar. Hch 16, 13-15.

Es esta una situación nueva para los misioneros. En Filipos no hay sinagoga. El mundo judío no es muy conocido. Las mujeres van a orar a la orilla de un río, lugar relativamente cercano a la ciudad. Allí ha acudido también el equipo misionero para dirigirse a las presentes.

Filipos, colonia romana, y Lidia la primera receptora del Mensaje será el enlace de Europa con el Mensaje cristiano. Curioso y providencial: una mujer comerciante, la primera Iglesia en Filipos.

Invocación: Señor Jesús, dispón nuestro corazón para aceptar tu palabra, como la aceptó Lidia, que sin saberlo, se convirtió en la primera creyente de Europa.

Decimotercera estación
PABLO EN ATENAS



Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo: «Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. Porque, paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: "Al Dios desconocido". Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo. (...) Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan. Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado; y ha dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos». Al oír «resurrección de entre los muertos», unos lo tomaban a broma, otros dijeron: «De esto te oiremos hablar en otra ocasión». (...) Algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más con ellos. Hch 17, 22-34.

El discurso de Pablo en el Areópago está muy elaborado y conjuga muchos detalles de la vida de los atenienses. A lo largo del discurso, Pablo hace una afirmación: "Ha llegado el momento en el que Dios juzgará al mundo por medio de uno que ha resucitado de entre los muertos". Aquí se desata el conflicto: La palabra resurrección en griego es *anastasis*. La *anastasis* no puede ser aceptada por aquellos supuestamente cultos griegos. Supera sus límites conceptuales y respetando las formas, pero con gran suficiencia, algunos responden: "De eso te oiremos otro día". Solo Dionisio y Dámaris se quedaron al margen de la incredulidad. Aceptaron la fe en la resurrección.

Invocación: Señor Jesús, yo creo en ti, pero aumenta mi fe.

Decimocuarta estación
EL ÁNGEL MUESTRA LA IGLESIA TRIUNFANTE
EL PROYECTO DE DIOS ESTÁ REALIZADO



Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: «Mira, te mostraré la novia, la esposa del Cordero». Y me llevó en Espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, y tenía la gloria de Dios; su resplandor era semejante a una piedra muy preciosa, como piedra de jaspes cristalino. Tenía una muralla grande y elevada, tenía doce puertas y sobre las puertas doce ángeles y nombres grabados que son las doce tribus de Israel. Al oriente tres puertas, al norte tres puertas, al sur tres puertas, al poniente tres puertas, y la muralla de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo usaba como medida una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad se asienta sobre un cuadrado; su longitud es igual a su anchura. Y midió la ciudad con la caña: doce mil estadios; su longitud, anchura y altura son iguales. Y midió su muralla: ciento cuarenta y cuatro codos, con medida humana, que era la del ángel. Y el material de su muralla es de jaspes y la ciudad es de oro puro semejante al vidrio puro. Y los cimientos de la muralla de la ciudad están adornados con toda clase de piedras preciosas: el primero es de jaspes, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de ágata, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla. Y la plaza de la ciudad era de oro puro como vidrio translúcido. Y en ella no vi santuario, pues el Señor, Dios

todopoderoso, es su santuario, y también el Cordero. Y la ciudad no necesita del sol ni de la luna que la alumbre, pues la gloria del Señor la ilumina, y su lámpara es el Cordero. Y las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra traerán su gloria hasta ella; sus puertas no cerrarán, pues allí no habrá noche, y llevarán hasta ella la gloria y el honor de las naciones. Y no entrará en ella nada profano, ni el que comete abominación y mentira, sino solo los inscritos en el libro de la vida del Cordero. Ap 21, 9-27.

Los cristianos tenemos la suerte de conocer el final de la historia. Lo que comenzó “el primer día de la semana, de madrugada” va creciendo a lo largo de la historia hasta que llegue a su plenitud al final de los tiempos.

Este conocimiento del final, donde el proyecto de Dios se realiza plenamente, nos tiene que alentar en nuestra vida diaria a seguir caminando y trabajando por el Reino, a confiar en la Providencia de Dios, que todo lo ha dispuesto para este final maravilloso.

Invocación final

Señor y Dios nuestro, fuente de alegría y de esperanza, hemos recorrido con tu Hijo los acontecimientos de su Resurrección, Ascensión, la venida de tu Espíritu Santo, y la acción del mismo sobre la Iglesia naciente; haz que la contemplación de estos misterios nos llene de tu gracia y nos capacite para dar testimonio de Jesucristo en medio del mundo.

Te pedimos por tu Santa Iglesia: que sea fiel reflejo de las huellas de Cristo en la historia y que, llena del Espíritu Santo, manifieste al mundo los tesoros de tu amor y haga partícipes a todos los hombres de la resurrección eterna. Por el mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

